

# LA PRIMERA EDAD.

## SUMARIO.

Mayo.—La Virgen de Mayo.—Letrilla á la Virgen en las flores de Mayo.—El alfiler y la aguja.—De dónde viene la lluvia y por qué llueve.—Redondez de la tierra.—La limosna.—El sistema planetario.—Las cuatro estaciones.—La cebolla del jacinto.—Anécdota.—Los gorriones.—La vacuna.—La caja de ahorros.—El molino.—Acompaña á este número El Molino, construccion para entretenimiento de los niños suscritores.

### MAYO.

Este mes estaba dedicado á los ancianos ó mayores, que celebraban fiestas el día primero, y de ahí que tomase el nombre *Mayo*, de la palabra latina *Majores*. Algunos opinan que su nombre viene de *Maya*, madre de Mercurio.

Entre los griegos presidia este mes la diosa *Anthia* ó *Cloris*, y la diosa Flora entre los romanos. Tambien se tenía por divinidad tutelar de Mayo á Apolo.

Se representa comunmente bajo la figura de un hombre en su virilidad, vestido con una túnica de mangas anchas, teniendo un canastillo de flores en una mano y en la otra una flor en ademan de olerla, y á sus piés un pavo real formando la rueda con su cola, cuyos hermosos colores simbolizan aquellos con que las flores esmaltan el campo en esta época.

*Mayo*, 1874.—Núm. 4.

El mes de Mayo, que suele llamarse mes de las flores, es el más agradable del año. En él, la vegetacion alcanza su mayor grado de desarrollo y de belleza, y los campos están cubiertos de verde follaje, y en los jardines campean las hermosas flores, impregnando la atmósfera con sus perfumes.

Alboradas espléndidas, sol brillante que dora las cumbres de los montes y baña en diáfana luz los valles de la llanura; alguna que otra nubecilla de limpia blancura recorriendo el espacio azul, cuya pureza cobra vigor con el contraste..... así se presenta Mayo, este mes de la poesía en que la vida se desborda por todas partes y en que la naturaleza se muestra con toda la lozanía y todo el vigor de su fecundidad.

Mas ¡ay! cuán poco dura la magnificencia primaveral. Algunas semanas, algunos dias, bastan para alterar el delicioso panorama



de su brillantez. Ayer, las lilas, los lirios, las peonías y tantas otras hermosísimas flores alegraban nuestra vista y deleitaban nuestro olfato; hoy, sus frescos colores se desgastan, y sus suaves perfumes se pierden; mañana se habrán marchitado y desaparecido para siempre: así lo quiere la ley fatal que rige los destinos de la naturaleza. ¡Oh flores! graciosa imagen de la juventud, cuán corta y qué rápida es vuestra existencia!

### LA VIRGEN DE MAYO.

(ESCENA DE LA VIDA DEL CAMPO.)

Apénas la primavera  
De verdura viste al campo,  
Y en los jardines florecen  
Los claveles y los nardos;  
Apénas los arroyuelos  
Por el monte deslizados  
Van presurosos en busca  
De los rios inmediatos;  
Apénas las avecillas  
Entonan sus ledos cantos,  
Y las golondrinas vuelan  
A los nidos que dejaron;  
Apénas muere el Abril  
Y empieza el hermoso Mayo  
Con sus frescas mañanitas  
Y su ambiente perfumado,  
En las aldeas y villas

Acuden al templo santo  
Las más graciosas doncellas,  
Lindas guirnaldas llevando  
De jazmines y de rosas,  
Y adornan el altar sacro  
De la divina pastora,  
La santa *Virgen de Mayo*.

Postradas ante la Virgen,  
Con religioso entusiasmo  
Las fervorosas doncellas  
Entonan así sus cantos.

CORO.

*Guirnaldas de flores  
Hermosas tejamos  
A Nuestra Señora  
La Virgen de Mayo.*

ESTROFAS.

Cantemos, doncellas,  
Con fe y entusiasmo,  
A la Santa Virgen  
Que, por rescatarnos,  
Engendró en su seno  
A Jesus amado.  
*Guirnaldas de flores, etc.*

María es la estrella,  
María es el faro  
De aquellos mortales  
Presas del pecado,  
Que van á cubrirse  
Bajo de su manto.  
*Guirnaldas de flores, etc.*

Tu nombre, María,  
Pronuncian mis labios;  
Tu nombre el jilguero  
Canta en el espacio,  
Tu nombre las auras  
Dicen murmurando.  
*Guirnaldas de flores, etc.*

Al nacer tu hijo,  
Dios y hombre santo,  
¡Cuánto latiría  
Tu seno nevado  
Al mirar sus ojos,  
Al besar sus labios!  
*Guirnaldas de flores, etc.*

Y al verle más tarde,  
Con la cruz cargado,  
Caminar muriendo  
Al monte Calvario,  
¡Cuánto sufriría  
Tu corazón sacro!  
*Guirnaldas de flores, etc.*

Tú acoges al huérfano  
Que va caminando  
Del mundo el sendero  
Con incierto paso,  
Y cual madre amante  
Enjugas su llanto.  
*Guirnaldas de flores, etc.*

Y tú á la doncella  
Le tiendes tu mano,  
Y sueles salvarla

De más de un naufragio,  
Donde sin tu ayuda  
Lucharía en vano.  
*Guirnaldas de flores, etc.*

Cantemos, doncellas,  
Con fe y entusiasmo,  
A la Santa Virgen  
Que, por rescatarnos,  
Engendró en su seno  
A Jesús amado.  
*Guirnaldas de flores, etc.*

Divina pastora,  
Hoy te suplicamos,  
Que siempre florezcan,  
Para tu regalo,  
Flores en las almas,  
Flores en los campos.  
*Guirnaldas de flores, etc.*

Adios, Madre amada,  
Adios, lirio santo,  
Adios, blanca rosa,  
Adios, templo y faro;  
Amorosa acoge  
Nuestros tiernos cantos.

CORO.

*Guirnaldas de flores*  
*Hermosas tejamos*  
*A Nuestra Señora*  
*La Virgen de Mayo.*

José F. Sanmartín y Aguirre.



## LETRILLA Á LA VÍRGEN

EN LAS FLORES DE MAYO.

(Música del maestro Aspa.)

CORO.

*A ti, excelsa Virgen,  
Del cielo tesoro,  
Elevar las almas  
Armónico coro.*

1.<sup>a</sup>

Henchido mi pecho  
De amor penitente,  
¡Oh madre clemente!  
Me acercó á tus piés.  
Escucha piadosa  
Mi voz este día,  
Y acepta, María,  
Las flores despues.

2.<sup>a</sup>

Tejiendo guirnaldas  
De amenos jardines,  
Hoy los Serafines  
Coronan tu sien.  
Recibe, Señora,  
Los bellos laureles,  
Que humildes tus fieles  
Te ofrecen tambien.

3.<sup>a</sup>

Con sincero labio  
Tu nombre alabamos,  
Tu gloria envidiamos,  
Tu inmenso poder.

Sé, pues, medianera  
Con Dios para el hombre,  
Que invoca tu nombre  
Con tierno placer.

M. J. PASCUAL.

## EL ALFILER Y LA AGUJA.

Una de las más admirables producciones de la industria humana es ese pequeño instrumento tan cómodo, ese alfiler del cual se sirve todo el mundo, el pobre como el rico, y del que nadie se acuerda para elogiar su perfeccion. Ese alambre tan bien pulimentado, tan derecho, cuya punta está tan bien afilada, que termina en una bolita ligera, elegante y plateada; esa alhajita cuyo precio es tan mezquino..... ¿quién se acuerda de preguntar cómo se fabrica? ¿Quién se extraña de su baratura?

Las nuevas manufacturas pueden dar cien alfileres por 5 céntimos. Casi todo el mundo lo ignora y desdeña saberlo, y, sin embargo, esta maravillosa produccion nos da un bellissimo ejemplo del empleo de un buen método de trabajo.

Supongamos que catorce obreros pasen todo el día fabricando



alfileres, empezándolos y acabándolos solos y separadamente. Al cabo de un día bien empleado, cada obrero, podría confeccionar veinte alfileres lo más; y por consiguiente, los catorce obreros podrían hacer catorce veces veinte alfileres; ó sean doscientos ochenta; lo que proporcionaría á todos al precio corriente una ganancia de 15 cénts. á lo sumo. En verdad que el oficio sería poco lucrativo y nuestros catorce padres de familia se morirían de hambre.

Pero el jefe de un taller se encarga de dividirles el trabajo, y esta division va á producir un prodigio. Da á uno de ellos laton blanco para que lo corte en tiras pequeñas. Un hombre, que hace siempre una misma cosa, la hace mejor y más pronto, y al cabo del día puede dar cien mil tijeretazos; un segundo obrero afila la punta y no se ocupa más que de esto; un tercero enrosca en forma de espiral una tira de laton más delgada para formar la cabeza; otro la corta; otro la une ó pega á la espiga, etc.; cada uno de ellos sólo hace una de las catorce operaciones diferentes que exige la confeccion de un alfiler; no pierde el tiempo cambiando de herramientas; de tal modo está ejercitado en

los movimientos que necesita la operacion que está á su cargo, que la ejecuta con una rapidez asombrosa. Al cabo del día nuestros catorce obreros, mejor dirigidos pueden entregar al comercio cien mil alfileres colocados en papeles, y su trabajo ha producido una cantidad bastante considerable para remunerarlos bien, para pagar el laton blanco y el precio de las herramientas y el alquiler de la fábrica. Por último, el mismo fabricante, una vez cubiertos todos sus gastos, encuentra un regular beneficio.

La fábrica del Aguila, departamento de S. Omer, produce casi todos los alfileres de Francia; tambien se fabrican agujas, pero las mejores vienen de Inglaterra y de Aix-la-Chapelle, en Alemania. Las agujas pasan á lo ménos por las manos de cincuenta obreros; son de hilo de acero y de dimensiones variadas. Se corta el hilo de acero de una longitud doble, se endereza bien; el obrero coge unos veinte hilos entre el índice y el pulgar, y presenta sucesivamente cada extremidad á una piedra arenisca que gira rápidamente para formar la punta, teniendo cuidado de arrollar los hilos entre los dedos. Cuando la punta de cada



extremo está bien afilada, se corta el hilo por la mitad para hacer dos agujas.

Un martillazo dado sobre la cabeza de la aguja, la aplasta, y una herramienta á propósito quita un poco de metal á cada lado. El ojo está señalado, se abre con un punzon y se pulimenta para que no corte el hilo.

Es preciso, despues, templar las agujas calentándolas al rojo cereza, en cajas cerradas y metiéndolas en agua; es necesario ponerlas otra vez á la lumbre para que no se rompan fácilmente. Es preciso, por último, pulimentarlas frotándolas una sobre otra con esmeril, y afilarlas de nuevo en la piedra.

Todos los buenos obreros, en cualquier oficio que sea, saben muy bien sacar partido de un trabajo sábiamente dirigido. Un obrero, que trabaje solo, dividirá de seguro su trabajo de este modo: supongamos que reciba el encargo de hacer seis ventanas, se guardará bien de fijo de hacer primero una, luégo otra y otra tercera. Emplearía mucho más tiempo y, por consiguiente, ganaría ménos. Las va haciendo todas á un tiempo; el primer dia sierra la madera, al dia siguiente hace otra operacion, pero siempre la misma.

Cada trabajo nuevo lo va haciendo en cada ventana, etc., y de este modo va mucho más de prisa; y trabaja mejor, siendo así que durante todo un dia ejecuta el mismo movimiento.

Imitadles vosotros, niños míos, dividiendo con método el tiempo de vuestras clases. Si se os dejase trabajar á vuestro antojo, estudiando una leccion dejándola para aprender otra, escribir algunas palabras y leer despues una ó dos frases, para coger de nuevo la pluma, no haríais bien ninguno de vuestros trabajos, pero escribiendo durante una hora, escribis mejor. Vuestra mano se acostumbra cada vez más á los movimientos necesarios. La division del trabajo bien entendido, bien metodizado, es una de las causas de nuestro éxito. Ya lo habeis visto: en las artes produce maravillas.

## DE DÓNDE VIENE LA LLUVIA

Y POR QUÉ LLUEVE.

Si en una habitacion bien cerrada se coloca sobre una estufilla una vasija ó jarron lleno de agua, pronto se verá elevarse de la superficie del agua un vapor ceni-



ciento ó parduzco. Cuando el agua cuece, ese vapor se hace más denso, bien pronto se llena todo el cuarto, y si se continuase echando lumbre, toda el agua contenida en la vasija se convertiría en vapor.

Ese vapor, sin embargo, se adhiere á las paredes, á las piedras, al hierro de las cerraduras, á los cristales de las ventanas y estos cuerpos le enfrían. Este enfriamiento debe producir un efecto contrario al producido por el calor. El calor habia cambiado el agua en vapor, el frio cambia el vapor en agua.

Donde más principalmente se ve es en los cristales; al principio se empañan, despues se forman pequeñas gotas, y por último, esas gotitas se unen y forman surcos por las vidrieras. Si fuese posible recoger toda el agua que proviene de ese vapor, hallaríamos igual cantidad á la que habíamos puesto á la lumbre.

Ahí teneis, hijos mios, una imágen en pequeño de la que pasa en la atmósfera y sobre la tierra. El agua sobre el fuego es el Océano calentado por el sol; el vapor son las nubes, y el agua que corre por los vidrios de las ventanas forma los riachuelos, los riachuelos y los gra

Es preciso que sepais que á medida que se eleva uno en el espacio, la temperatura es cada vez más fria. En la geografía aprenderéis que la cima de las montañas más altas está cubierta de hielo y nieves perpétuas; por ejemplo, el Mont-Blanc, que es la montaña más elevada de Europa, pues tiene 4.810 metros sobre el nivel del mar, presenta su cima coronada de nieve, aún en el verano: por esto se llama Mont-Blanc ó sea Monte Blanco. Al pié de esta montaña el calor es sofocante; pero á medida que se va ascendiendo el calor disminuye, llegando á encontrarse una region donde los árboles no crecen, donde la naturaleza está muerta, donde mares de hielo, masas enormes de nieve están acumuladas desde siglos há.

El calor del sol convierte en vapor las aguas del mar; este vapor se eleva en el aire, llegando bien pronto á una altura donde experimenta un primer enfriamiento; allí se acumulan estas aguas convertidas en vapor, y nos presentan esas grandes y hermosas masas que toman tan diversas formas y que llamamos nubes.

Estas nubes, movidas en el espacio por los vientos, se enfrían completamente, se convierten en

agua y caen en forma de lluvia; las nubes que son arrastradas sobre la cima de las altas montañas, se depositan en forma de nieve y originan los ventisqueros. Estas nieves perpétuas y estas lluvias dan nacimiento á los manantiales y alimentan los arroyos y los pequeños y caudalosos rios, los cua-

les conducen otra vez al mar las aguas que de allí proceden. Estas se convierten nuevamente en vapor para emprender otra vez el mismo viaje, sin que este admirable fenómeno pueda nunca tener un término mientras el sol y la tierra existan.



Julia vuelve de la Iglesia, despues de recibir la primera comunión.

Ya es una persona formal, y se promete serlo cada dia más.



## REDONDEZ DE LA TIERRA.

Durante mucho tiempo han creído los hombres que la tierra era chata y era su creencia natural, porque así lo parece al extenderse ante nuestro paso, sin que nos apercibamos de que al andar damos vuelta á la superficie de un globo. Muchos siglos de observacion han sido necesarios para llegar al conocimiento de la verdad, así como tambien gran número de hechos. Algunos de estos hechos son de muy sencilla comprobacion.

Si nos encontramos á orillas del mar, cuando éste se halla tranquilo, vemos ante nuestros ojos una inmensa extension de agua, semejante á una vasta llanura unida. Supongamos que saliendo un buque del puerto, deje dicha orilla; á medida que se aleje, disminuirá de tamaño, hasta que llegue á la línea en que parecen terminar las aguas y apoyarse la bóveda del cielo. Esta línea se llama horizonte. Entónces no vemos alejarse al buque; pero en cambio nos parece que se hunde en el mar: su casco es lo primero que desaparece, despues las velas, despues el remate del palo mayor, que vemos ya con dificultad mucho despues

de que el cuerpo del buque se ha perdido para nuestra vista. Si un buque vuelve al puerto, en vez de salir de él, lo primero que vemos tambien es el remate del palo mayor, despues las velas, y por último, el casco. Así que se le ve entero, sigue avanzando majestuosamente, y ya sin subir, hácia la orilla. Sabiendo que los buques no salen del mar, si lo primero que vimos fué su parte más pequeña, y por consiguiente, ménos visible, consiste indudablemente en que algo nos impedia ver lo demas: y es que un cuerpo se habia colocado entre nosotros y el buque, aunque no viéramos nada sobre el mar. Si su superficie fuese chata, el fenómeno no se hubiera verificado: á medida que el buque se alejase nos iria pareciendo más pequeño, y concluiria siendo para nosotros un punto imperceptible; pero siendo redonda la superficie del agua, la curvatura de esta superficie inmensa nos ocultará muy pronto al barco.

En alta mar, colocados sobre la cubierta de un buque se deja de ver á otro buque á pocos kilómetros de distancia, al paso que se ven montañas muy altas á más de veinte miriámetros. La línea curva del globo oculta al barco que es poco



elevado, no siendo lo bastante considerable para ocultar la cima de la montaña. Esta se oculta tambien cuando la distancia aumenta lo bastante para ello. La superficie del mar es, pues, redonda y la de los continentes se diferencia poco, no siendo muy pronunciada la inclinacion de los rios. El conjunto de los mares y continentes, es decir, la superficie entera de la tierra, forma, por lo tanto, un globo inmenso.

Cuando tengais edad para estudiar bien los eclipses, y recordeis que la sombra que un cuerpo cualquiera proyecta es análoga á dicho cuerpo, podréis tener una nueva prueba de la redondez de la tierra, viendo que se proyecta en la luna su forma redonda.

Otra prueba decisiva existe de la redondez de la tierra, y es que se ha dado la vuelta á la misma. Un célebre viajero portugues, Magallanes, fué el primero que acometió la empresa en 1519. Se embarcó en un puerto de Portugal, dirigiéndose á poniente; llegó al continente americano descubierto en 1492 por Cristóbal Colon, lo costó en direccion al Sur, atravesó un estrecho que lleva su nombre, en la punta más meridional de América y una gran isla llamada la Tier-

ra de Fuego, bogó en seguida un poco hácia el Norte, y despues, volviendo á seguir su ruta á Poniente, atravesó el gran Océano y el mar de las Indias, dobló el cabo de Buena Esperanza, al Sur de Africa, y su barco volvió por Oriente al mismo punto de partida. Habia dado la vuelta á una esfera. Otros muchos viajeros han seguido despues la ruta, correspondiendo á España la honra de haber sido la nacion que lo haya hecho en un buque acorazado: la fragata *Numancia*, de la que habréis oido hablar hace poco con un motivo ménos científico.

Pero si la tierra es redonda, — objetaréis acaso, — ¿cómo se sostienen los que se hallan colocados al otro extremo que nosotros? ¿Tienen la cabeza hácia abajo?

En efecto, los hombres que habitan al otro lado de la bola, y que se llaman nuestros antípodas, tienen los piés en direccion opuesta á la de los nuestros. Esto, amiguitos míos, se explica fácilmente comprendiendo lo que significan las palabras *alto* y *bajo*. Si lo alto es siempre el cielo, y lo bajo es siempre la tierra, nuestros antípodas tienen, como nosotros, los piés en la tierra y la cabeza hácia cielo, ó lo que es igual, están co-



locados en idénticas condiciones que nosotros. Observad que ellos dirán de nosotros lo que nosotros decimos de ellos, y que podrian creer que tambien andamos cabeza abajo.

Otras razones científicas, que no son del caso, explican este punto, en el que no insisto, para limitarme á dejar consignado que *la tierra es redonda*.



Juanito se ha empeñado en confundir la O con la I, á pesar de que una es redonda y la otra larga; pero su hermana Conchita tiene mucha paciencia, y se ha empeñado tambien en que Juanito distinga las letras.

Verémos cuál de los dos se sale con la suya.



## LA LIMOSNA.

En el mundo en que vivimos  
 Todos pedimos limosna,  
 Unos de lujo y de goce,  
 Otros de dicha y de gloria.  
 Mendigos de carretela,  
 Mendigos que lucís joyas  
 Y solicitais del mundo  
 Que en vuestro afán os socorra;  
 Que ya implorais dignidades,  
 Ya el cariño de una hermosa,  
 Ya los triunfos del guerrero,  
 Ya del artista las glorias;  
 Y vais tendiendo la mano  
 Que esas limosnas implora,  
 A otros mendigos más altos  
 Que piden otras limosnas,  
 Nunca os juzgueis poderosos,  
 Pues la miseria os acosa  
 Entre el rumor de las fiestas  
 Y las joyas que os adornan.  
 Y si aterida de frío  
 Mirais entre pobres ropas  
 A una mujer que en voz tímida  
 Solicita una limosna  
 Para alguna criatura  
 Que entre sus brazos solloza,  
 Meditad que sois hermanos,  
 Que *otro* mendigo os invoca,  
 Y seréis *mucho más ricos*  
 Conforme deis más limosnas.

M. OSSORIO Y BERNARD.

## EL SISTEMA PLANETARIO.

Cuando dirigís la vista al cielo en una hermosa noche le veis tachonado de estrellas. Casi todas éstas, cuya luz es más ó ménos viva, conservan constantemente entre sí las mismas posiciones y forman grupos que los astrónomos llaman constelaciones. Podeis mirar todas las noches uno de estos grupos y observaréis que las estrellas que le componen conservan la misma colocacion; por eso se les designa con el nombre de estrellas fijas y se cree que son soles como el nuestro. Estos soles nos parecen tan pequeños por la gran distancia á que se encuentran de nosotros.

Si se continúa mirando al cielo con alguna atencion, pronto se distinguen, entre innumerables estrellas, algunas que cambian de lugar, aunque éstas son en pequeño número. Ya se las ve cerca de una constelacion, ya cerca de otra; aparecen en ciertos meses del año y desaparecen en otros. Hasta ahora se han descubierto ocho grandes y ciento veintidos más pequeñas, y como cambian de lugar se les ha dado el nombre de *planetas*,



palabra que significa cuerpos errantes.

Los astrónomos han calculado su marcha; se han convencido de que giran al rededor de un centro donde se encuentra nuestro sol, y como se ha reconocido que nosotros tambien, con nuestra tierra, giramos al rededor del sol, ha sido preciso creer que la tierra es un cuerpo errante, un planeta. Estamos, ademas, seguros de que ciento treinta planetas, á lo ménos, giran al rededor del sol que los alumbra y calienta.

Los planetas están á distancias muy diferentes del sol. El más próximo *Mercurio* está tres veces ménos distante que la tierra. El segundo, *Venus*, algunas veces muy brillante, otras apenas visible, es designado en el campo con el nombre de estrella de la tarde ó del pastor, y tambien estrella de la mañana, porque separándose poco del sol aparece, bien por la mañana ántes que éste, bien por la tarde cuando aquél ha desaparecido. El tercero, siguiendo el órden de alejamiento, es la *Tierra* y el cuarto *Marte*. Fuera del círculo de *Marte*, se mueven los pequeños planetas, habiéndose conocido el primero el 1.º de Enero de 1801, y los demas en estos últimos años. Más

allá de este grupo se encuentra *Júpiter*, el mayor de todos los planetas, puesto que su volúmen es 1.440 veces mayor que el de la tierra. Su distancia del Sol es tal, que se le ve 27 veces más pequeño que nosotros y recibe 27 veces ménos calor y luz: en superficie es igual. Despues se encuentra *Saturno*, rodeado de un anillo luminoso. Todavía más léjos, á 20 veces la distancia de la tierra, un astrónomo inglés, Herschell, señaló, en 1784, el planeta llamado *Urano*. Desde ese planeta se ve el sol 400 veces más pequeño que la tierra. En fin, un astrónomo francés, llamado Le Verrier, descubrió en 1846, despues de largos y minuciosos cálculos, un planeta colocado á 30 veces la distancia de la tierra, y que otros han visto siguiendo sus indicaciones. Este planeta, *Neptuno*, ve el sol 1.000 veces más pequeño que nosotros, el sol debe producir en él el mismo efecto que las grandes estrellas. Neptuno recibe del sol 1.000 veces ménos calor y luz que la tierra. Existen probablemente otros planetas más léjos todavía, que se distinguirán cuando se perfeccionen los anteojos.

Al rededor de algunos de estos planetas giran otros más peque-



ños que parece que les pertenecen, porque no los abandonan nunca, y por esta razon se les designa con el nombre de satélites. Hasta el presente se conocen 22. La tierra tiene uno, que es la luna, Júpiter 4, Saturno 8, ademas de su anillo, Urano 8 y Neptuno 1.

Estos satélites giran al rededor del sol con los grandes planetas á quienes acompañan, y son todos opacos, como la luna que no tiene luz propia y nos envia débilmente la que recibe del sol. Lo mismo sucede con las lunas de otros planetas.

Existen ademas otros cuerpos que tienen un aspecto muy singular. Nos referimos á aquellos que van frecuentemente acompañados de una larga ráfaga luminosa y á quienes se da el nombre de *cometas*. Unas veces se presentan á gran distancia del sol, y otras tan próximos á éste, que si tuviesen habitantes, era indispensable que fuesen diferentes de nosotros, pues pasarían de un excesivo frio á un riguroso calor que no podrían soportar. Se desconoce el número de cometas; se ha calculado la marcha de unos 200 y de seis se puede precisar la vuelta.

Todos estos cuerpos, ligados entre sí por una admirable armo-

nía, y obedeciendo á una misma fuerza que los mantiene al rededor del sol forman un conjunto que se llama sistema planetario. Nuestro sistema se compone de un sol, 102 planetas principales, de los cuales hay 8 de gran tamaño, 22 satélites y un número desconocido de cometas.

Hay cerca de 5.000 estrellas visibles á simple vista y se valúa en 75 millones el número de las que se pueden ver con el telescopio. Este número considerable es sin duda alguna inferior al de las estrellas demasiado lejanas para que podamos verlas.

¿Cuál es, pues, la inmensidad del universo, si cada una de estas estrellas es el sol de un sistema planetario? Esta inmensidad embarga nuestra imaginacion; pero esta grandeza infinita nos llena de una santa admiracion hácia la inteligencia divina, que ha creado todo con una profusion tan rica y que todo lo ha dispuesto con un orden tan admirable y tan perfecto.

---



## LA CEBOLLA DEL JACINTO.

—Elena, hija mía,—decía una grave institutriz á su jóven discípula, á quien acababa de conducir al jardín,—Elena, escoges para el santo de tu abuelito un ramo muy modesto. Mira el rosal de Emma y el naranjo de Enrique, miénttras que tú, con ese pequeño jacinto rosa, pareces una mendiga. El jacinto, continuó con aire doctoral la institutriz, nos presenta, ciertamente, un cultivo interesante; pero el tuyo, todo rosa, es una de las variedades más comunes, y me duele ver tu mala eleccion, precisamente cuando terminas un curso de horticultura, que te ha iniciado en el estudio de las plantas más raras.

Elena era una niña tierna y pensativa, y ya veremos más adelante que su gusto, al elegir el jacinto, habia sido inspirado por el corazon, y que Dios permitió que recibiese la recompensa de su dulce sentimiento. La sensibilidad no es una virtud que se adquiere, es un don del cielo; pero la ligereza suele perjudicar á esta dichosa disposicion.

En el día de San José, 19 de Marzo, tenía lugar todos los años

una alegre recepcion en casa del abuelo, anciano rico y apreciable. Sus hijos y sus nietos, sobrinos y amiguitos le presentaban ramos, dibujos, obras, etc., y prodigábanle, sobre todo, caricias. Elena, al ofrecerle su pequeño jacinto rosa, le dijo muy bajo:

—Abuelo, conservarás la cebolla de mi flor; el año próximo florecerá, y si tu Elena se encuentra ausente, ella te felicitará por mí en tus dias.

Y el abuelo enternecido, besando su rubia cabeza, la contestó al oido estas dulces palabras:

—¡Hija, yo te bendigo; los viejos apreciamos estas atenciones de la niñez que nos señalan una época algo lejana en la vida, ó muchas lágrimas sobre nuestra tumba, si no viésemos abrirse la flor de otro año!

Al dia siguiente, el Sr. Derval llamó á Marieta, su ama de llaves.

—Coloque V.,—la dijo,—como de costumbre, estos ramos y estos regalos en mi gabinete; me considero feliz con entrar en él de vez en cuando para acordarme del día de mi santo.

—Con mucho gusto, señor, respondió Marieta; pero si me permitiera V. regar alguna vez estas plantas, sería mejor, porque todos



los años tenemos la misma historia, es decir, un manojo de hojas secas en lugar de estas bellas flores.

—Marieta, el placer, que dura tanto como la frescura de una flor, es todavía grato. Demasiado lo sabe V., que ha conocido las penas de la vida; con que así, déjeme gozar á mi capricho.

Marieta obedeció á su señor. Una vez colocado todo, una vez puestos allí los naranjos, las camelias, las hortensias, los diversos jazmines y mil tesoros más perfumados, Marieta dijo:

—Ya está todo, señor, y puesto que el ayuda de cámara nunca entra en este rincón, usted me llamará para arreglarlo cuando estas pobres flores estén ajadas.

—Sí, sí.

Y el Sr. Derval sonreía con el mal humor de su criada. Ésta acababa de cerrar la puerta cuando aquel la llamó:

—¡Marieta!

—¡Señor!

—¿No hay entre las flores un pequeño jacinto rosa?

—Sí señor; como que es la que está mejor colocada en el rincón de la ventana.

—Pues bien, escucha: cuando se haya marchitado ese jacinto, tendrás cuidado de conservar la

cebolla, y al año próximo, si por casualidad no me acordase, la sembrarás dentro de un bonito tiesto, para que de este modo la tenga todavía el día de mi santo. ¿Lo has entendido?

—Sí señor; estas cebollas, por otra parte, reverdecen siempre. Y á propósito, la otra tarde estaba en la cocina el cochero del doctor, ese sabio amigo de V., y decía que había oído referir á su señor que en un país llamado Egipto, y en donde sus habitantes adoraban en otro tiempo á las cebollas (¡vaya una tontería!), decía, repito, que se les enterraba con ellas, y que centenares y millares de años después se ha encontrado una cebolla entre sus momias; por curiosidad se plantó en Francia, y ha brotado como otra cualquiera. ¡Lo que es como ésta hubiese podido hablar, noticias de bien lejos nos habría comunicado!

El Sr. Derval se divertía escuchando la charlatanería científica de la vieja Marieta.

—Verdad es lo que dices, mi buena ama, pero recuerda el encargo que te he hecho respecto á mi jacinto; mi nieta Elena es quien le ha escogido para mí, porque debe hacer un viaje á Inglaterra con su madre y quiere que



su flor pueda renovarse el día de mi santo durante su ausencia.

—¡Ah, qué buena idea! dijo Marieta enternecida; además, nuestra querida señorita Elena es buena con todo el mundo; la quiero con toda mi alma: descuide usted que cuidaré la cebolla de su jacinto.

Y Marieta se fué esta vez más contenta. Tan grande es la influencia que ejerce la sencilla atención de una niña, que dulcifica los más rudos caracteres.

El hijo de aquel digno anciano y padre de Elena, se hallaba arruinado por haber emprendido arriesgadas especulaciones; su mujer, de origen inglés, le estaba haciendo algún tiempo aconsejando que pasase algunos meses en Londres. El porvenir del esposo parecía muy incierto, porque su padre le había entregado la parte de fortuna que no hubiera debido pertenecerle hasta después de su muerte, y toda ella la había disipado sin fruto en sus negocios. Era, por lo tanto, presumible que Elena sería algún día pobre, y su previsora madre quería hacerla conocer á sus parientes para no privarla de su protección. La familia partió, pues, para Londres en el mes de Diciembre.

El invierno pasó alegremente

para el abuelo; aún le quedaban para animarle una multitud de nietos y sobrinos; pero ¡ah! ¡la vida del hombre tiene sus límites, y el Sr. Derval era bastante anciano! Llegó á enfermar, y su padecimiento tuvo desde el principio el carácter de una enfermedad peligrosa; sus hijos se alarmaron, pero él los alejaba, viendo aproximarse la hora fatal de la despedida! El sacerdote era el único que le veía; éste es el último amigo que la religión coloca entre la tierra y el cielo.

Una mañana, el 18 de Marzo, el sol penetraba á través de las cortinas del enfermo; la nueva primavera parecía venir á saludarle; pero todo lo que es risueño entristece al que sufre, y aquellos rayos tan dulces, en lugar de reanimar al Sr. Derval, le inspiraban pensamientos de muerte.

A las dos de la tarde se veían sentados cerca de su lecho dos personajes vestidos de negro que escribían lo que él dictaba. Estaba haciendo su testamento, y reuniendo toda su fuerza, toda su memoria, consideraba este acto como el último lazo que le unía á sus queridos hijos, como su última palabra, su última caricia á cada uno de ellos. Las particiones son fáci-



les de indicar ; pero queria recom-  
pensar á algunos servidores fieles,  
dejar un recuerdo á sus amigos,  
demostrar á todos el amor y la  
tristeza del viajero que se separa,  
á su pesar, de su familia! Ya toca-  
ba al fin esta piadosa obra , cuan-  
do el pálido semblante del anciano  
se reanimó..... , las lágrimas brota-  
ron de sus ojos, y como un rocío  
abundante humedecieron sus ve-  
nerables mejillas..... ; No era un  
pesar lo que sentia , era un placer!  
Habia distinguido por primera  
vez, sobre un rincon de la chime-  
nea, un sencillo tiesto de porcela-  
na blanca, donde nacia un peque-  
ño jacinto rosa. Fresco y delicado,  
parecia que inclinaba su débil tallo  
ante la mirada tierna del anciano.

—¿ Ven ustedes, dijo á los no-  
tarios, esa inocente florecilla? Es  
preciso que pongamos sobre su  
tallo un legado de 50.000 francos.  
Es bien poco, añadió hablando con-  
sigo mismo; pero la niña es po-  
bre, y esto será para ella una pe-  
queña dote.

Los notarios creyeron que el  
enfermo padecia un momento de  
extravío.

—No, no, continuó él habiendo  
comprendido su idea; no; estoy  
en toda mi razon, en todo mi sen-  
timiento; notad bien que lego á

mi querida nieta Elena 50.000  
francos, con la condicion de que  
en la época de mi santo me rega-  
lará siempre un jacinto rosa.

Inmediatamente el anciano les  
refirió la atencion de Elena.

—¡ Ah, dijo, ella ignoraba que  
esta cebolla floreceria ante mi le-  
cho de muerte! ; Mi buena Marieta  
ha sido fiel á mi encargo ; mañana  
es el dia de San José!

¡ Pobre anciano! Murió al dia  
siguiente, y la celebracion del dia  
de su santo se unió á la del ani-  
versario de su muerte.

¡ Oh, cuánto lloró Elena cuando  
supo esta pérdida cruel! Sus pa-  
dres han regresado á Francia; Ele-  
na aún es una niña; pero aquéllos,  
instruidos por sus desgracias, han  
colocado el dote que la dejó su  
abuelo, de modo que, con la renta  
que produce, atienden á su educa-  
cion, pues la educacion es la parte  
más esencial del dote de una se-  
ñorita.

Así, el obsequio que de todo co-  
razon hizo la niña Elena á su  
abuelo proporcionó al anciano una  
venturosa alegría en sus últimos  
momentos, y á ella la facilidad de  
adquirir instruccion, de desarro-  
llar las virtudes y de colocarse un  
dia á la altura de las buenas ma-  
dres de familia.



En el cementerio se ve hoy una tumba adornada con una sencilla cruz de mármol blanco y rodeada de jacintos rosas, distinguiéndose entre otras por no ser éste el adorno general de los sepulcros. Allí están con frecuencia arrodilladas una niña de luto y su anciana criada. Son Elena y la pobre Marieta..... Marieta, que, á consecuencia de la historia del jacinto, llegó á querer tanto á Elena, que pidió y consiguió entrar á su servicio.

### ANÉCDOTA.

Federico II, rey de Prusia, solía disfrazarse algunas noches, á fin de averiguar en persona lo que ocurría en la ciudad.

Una noche en que andaba vestido de soldado, tropezó con uno que tenía todas las trazas de haber bebido más de lo regular; se acercó á él, le saludó con amabilidad, y entablándole conversacion, le preguntó.

—Dime, camarada, ¿cómo te arreglas para con tan corta paga beber tan copiosamente, cuando yo, que tengo el mismo prest que tú, no puedo convidar á nadie?

—Se me figura que eres un pobre diablo de cortos alcances, repuso el soldado. Sábetelo que cuando quiero convidar á un amigo á

unas copitas, sé encontrar dinero para satisfacer mis gustos.

—No lo entiendo, camarada.

—Te revelaré el secreto, pues tu cara no me es enteramente desconocida. Mira..... cuando necesito dinero, empeño una prenda de las que no me hacen falta en el día, y despues, con un poco de abstinencia, ahorro con qué desempeñarla, y salgo del apuro.

—¡Me gusta la idea! pero ¿y si por casualidad necesitases de la prenda?

—Siempre sobran recursos á un hombre de talento. Hoy para convidar á un amigo he tenido que empeñar la hoja de mi sable.

—¿De véras?

—¡Tan de véras! Mirala; es una hoja de madera.

—Sospecho que te expones.....

—¡Quiá! no lo creas.

El rey no olvidó tomar bien la filiacion al soldado; despidióse de él, y al otro día, al pasar revista á la tropa, como tenía por costumbre, conoció al soldado, y detuvo su caballo delante de él. Aparentando que miraba á otro individuo, dijo:

—Este hombre ha cometido un delito, por el que merece la pena de muerte. Vamos; fuera estos dos hombres de las filas. Saca el sable,



añadió dirigiéndose al soldado de la vispera; corta el pescuezo á tu compañero.

—Señor, exclamó el empeñista al verse atrapado en el garlito: ruego á V. M. que le perdone; yo le aseguro que es inocente.

—No hay perdon: obedece.

—Señor, es un padre de familia con ocho ó diez hijos.

—Saca pronto el sable y máta-le, replicó el monarca fingiéndose colérico.

—Señor, insistió el truhan entono patético, si no puedo ablandar á V. M. con mis humildes súplicas, para que perdone á este infeliz, ruégo á Dios que haga un milagro, convirtiendo la hoja de mi sable en un pedazo de madera.

En seguida le desenvainó, aparentando el mayor asombro al ver que, en efecto, la hoja era de madera.

Prendado el rey de la sagacidad del soldado, no se contentó con perdonarle sino que le hizo sargento en el acto.

### LOS GORRIONES.

Siempre estamos dispuestos á juzgar de la utilidad de las cosas por las ventajas presentes que nos pueden reportar, y nos apresuramos á pensar que la naturaleza se

ha engañado al producir animales dañosos, á los que nos vemos obligados á hacer la guerra. Sin embargo, no deberíamos olvidar que la inteligencia suprema nada ha hecho por capricho, y que si no nos apercebimos desde luégo de los motivos que han presidido á la creacion de todos los seres, debemos ser muy circunspectos en nuestros juicios. Nada hay inútil en este mundo, puesto que todo ha salido de la mano de Dios; deberíamos, lejos de criticar sus obras, ver en nuestra ignorancia la pobreza y la debilidad de nuestro espíritu y la insuficiencia de nuestra razon. Entre los numerosos ejemplos que se podrian citar, y que prueban cuán anticipados son á veces nuestros juicios, se encuentra el siguiente:

¿Para qué pueden servir los gorriones sino para asolar los campos, por el consumo prodigioso que hacen de los mejores granos? Se ha calculado que cada gorrion come al año un decálitro lo ménos de trigo; no hay cortijo que no cuente por millares esta clase de huéspedes tan voraces; bien pueden cazarlos los aldeanos, destruir sus nidos los niños, cogerlos por medio de la red ó la liga, el número, sin embargo, no decrece;



¡con tanta rapidez se reproducen! Los gorriones hacen con frecuencia tres nidadas en cada estación; sacan cinco ó seis hijos en cada nidada, y habitan siempre el mismo lugar. Además, las generaciones de gorriones se suceden en el mismo cortijo. Éste se convierte en su patria, y ellos se creen los propietarios. Son los fieles compañeros de todas las aves, y nada esencial se hace que no lo presencien. Durante la recolección no desprecian los menudos granos que se caen. Las cerezas, que son tan de su agrado, les hacen esperar con paciencia que llegue la época de la recolección; engordan en el mes de Agosto, porque entonces es cuando la naturaleza les ofrece sus dones. El mes de las vendimias y siguiente es para ellos una época de regalo; tienen los primeros racimos, y los golosos asaltan todas las cepas á la vez, escogiendo de cada una los granos más transparentes y más dulces. Durante el invierno establecen su domicilio en los pajares; asisten á la trilla del trigo y encuentran bajo techado el calor que tanto les agrada y las provisiones que hacemos para ellos; porque son perezosos, y no saben imitar ni al ratón del campo ni á la abeja. El

gorrion, en fin, es el parásito más atrevido de todos los que viven á nuestra costa.

En una comarca de Europa se trató de desembarazarse de ellos, ordenándose una batida general y ofreciéndose una prima por cada cabeza de gorrion; pronto se vió el país libre de esta plaga.

—¡Qué nueva riqueza acabamos de adquirir! se decían las gentes del campo; nuestros trigos están ya seguros, y esto es un beneficio bien palpable. Todo lo que comían los gorriones nos pertenece, porque no por esto nos costará más el arrendamiento.

El cálculo fué equivocado: al año siguiente los campos fueron asolados por nubes de insectos, langostas y gorgojos, á quienes destruían los gorriones. El remedio había sido peor que la enfermedad; cada gorrion comía un decálitro, pero los insectos devoraron las tres cuartas partes de los campos. Echaron entonces de menos á los huéspedes que tan perjudiciales se creían, y se vieron obligados á buscar de nuevo gorriones en las comarcas vecinas, donde no se había puesto precio á las cabezas de estos útiles animales.



## LA VACUNA.

Hace algunos años, el pueblo de \*\*\* fué de pronto invadido por una enfermedad terrible, que hasta entónces no habia producido estragos en aquella provincia. La plaga perniciosa de la viruela se habia presentado algunas veces en épocas lejanas; pero no se habia pensado prevenir este funesto mal en atencion á que rara vez se presentaba. Los habitantes, engañados por una supersticiosa creencia, estaban persuadidos de que la enfermedad era inevitable, que debia soportarse con resignacion, y que, cuantos se libraban de ella, despues de haber sido atacados, adquirian una garantía de buena salud para el porvenir, miéntras que los que tomaban precauciones se exponian á que se inoculasen en ellos los gérmenes de enfermedades más peligrosas todavía.

Por fin, llegó un año desastroso; la epidemia se generalizó en el pueblo de \*\*\*; atacó lo mismo á jóvenes que á ancianos, pero con especialidad á los niños. En algunos meses los estragos fueron tales que hubo muy pocas familias que no tuvieran que llorar alguna pérdida cruel.

Un habitante del pueblo fué el único que no sufrió las consecuencias de aquel azote, á pesar de tener una numerosa familia. Monsieur Bertrand vivia tranquilamente en una bonita propiedad que le habia proporcionado su vida laboriosa. Era querido de todos porque daba á los unos consejos y prestaba dinero á los otros para ayudarlos en los años malos. Á él era á quien se dirigian los vecinos mal avenidos; era el árbitro del pueblo, y sus fallos se respetaban y ejecutaban religiosamente con entera confianza en la justicia que los habia dictado.

En esta ocasion fué cuando principalmente dió á conocer la bondad de su alma y la fuerza de su raciocinio. Un mes hacia que estaba ausente cuando la viruela invadió el desgraciado pueblo; en cuanto supo tan infausta nueva, corrió allá, llevando todos los auxilios conocidos, y provisto de una buena cantidad de ese virus preservador que le habia librado, así como á su familia, de tan terrible enfermedad. Se habia proporcionado excelente vacuna y habia aprendido á inocularla.

Pero ¡ah! habia llegado demasiado tarde..... Más de quince víctimas habian sucumbido, y fué in-



menso su dolor cuando vió que rechazaban sus cuidados y consejos. El error de aquellos infelices aldeanos estaba tan profundamente arraigado que no bastaron á vencerlo sus palabras ni sus súplicas. — El cielo lo dispone así, decían unos, si debemos morir de esta enfermedad, todas las precauciones son inútiles. — Es una impiedad, decían otros, oponerse á la voluntad de Dios, queriendo contrarestar los dolores y enfermedades que nos envía. — Pero Dios es también, respondía, quien ha permitido al hombre conocer los remedios. Él es quien ha consentido que al lado del mal que nos abrumba, esté colocado el bien que nos consuela. Él quiere y ama la virtud, y, sin embargo, consiente el vicio en la tierra para que el hombre tenga el valor de elegir la una y huir del otro. Si ofendiésemos al cielo usando un remedio que debemos á su bondad, ¿consentiría que este remedio nos curase? — ¿Y quién nos asegura, gritó una mujer anciana, que males mil veces más crueles, achaques ántes de una edad avanzada, postemas en la piel, la lepra, etc., no sean consecuencia de un virus inoculado que quereis mezclar con nuestra sangre? — Pero, contestaba Mon-

sieur Bertrand, toda mi familia ha recibido este beneficio, y desde entónces ninguno ha estado enfermo. — Sois tan bueno, replicó la buena mujer, y Dios es tan justo, que no quiere castigaros.

Desesperaba ya Mr. Bertrand de iluminar aquellos espíritus tan obstinados en sus juicios; pero un día logró decidir á una madre que acababa de perder á su hijo. Corrió á su cabaña, esperando que en tan angustiados momentos consentiría en recibir para sí y para una hija suya de menor edad el único remedio que evitase el contagio. ¡Qué triste espectáculo se presentó á su vista! El cuerpo de Jorge permanecía allí todavía, y la desdichada Margarita, olvidando el peligro que corría, estaba sentada á su lado, apretando una de sus manos entre las suyas, los ojos enrojecidos por las lágrimas, fijos en aquel rostro cubierto de pústulas repugnantes; no lejos de allí dormía en una cuna una niña llena todavía de salud.

¿Qué haceis? gritó Mr. Bertrand precipitándose sobre ella y arrancándola de aquel sitio tan peligroso; dejad, dejad á vuestro desgraciado hijo, y pensad en la pobre niña que os queda. Conservadla, conservaos para ella. Venid, ve-



nid, voy á colocar cerca de Jorge á cualquiera persona que cumpla por vos los últimos deberes y que nada deba temer de ese terrible mal. La pobre madre, despues de dirigir su última mirada á su hijo, se dejó arrastrar, estrechando contra su corazon á la única que le restaba.

Mr. Bertrand los recogió en su casa. Aún tuvo que vencer una resistencia tenaz; pero, al fin, logró vacunar á la madre y á la hija, las cuales se salvaron, así como otros tres ó cuatro aldeanos que consintieron en dejarse vacunar, más bien por complacencia que por conviccion. Este ejemplo produjo el buen efecto que de él se prometia Mr. Bertrand. Se despejaron las inteligencias, pero el miedo se habia apoderado de todos; fué superior á todas las buenas razones, y en aquel primer momento, como sucede siempre, se cayó en el extremo opuesto. Todos quisieron recibir el beneficio, hasta los que habian sido atacados por la enfermedad, teniendo la dicha de curarse. Querian más remedios, á pesar de la seguridad que les daba Mr. Bertrand, de que eran completamente innecesarios, pues la vacuna no obraba ya sobre aquellos que acababan de tener la viruela.

El triunfo de Mr. Bertrand fué completo: el mal desapareció del todo, y desde aquella época no se ha vuelto á conocer en el pueblo de \*\*\*.

Despues de este triste suceso, y para asegurar en lo sucesivo el triunfo de la vacuna, fué cuando quiso dar á conocer la historia de ésta. Un dia reunió á todos los habitantes delante de su casa y se expresó del siguiente modo:

«Debemos amar á todos los hombres, pues todos son nuestros hermanos, todos tienen derecho á nuestros auxilios, á nuestros cuidados y á nuestra benevolencia; pero hay algunos que merecen más particularmente nuestro cariño y nuestra veneracion; esos hombres son aquellos cuya vida ha sido enteramente consagrada al bienestar de sus semejantes. Repitamos á nuestros hijos el nombre de Franklin, inventor del para-rayos; el del abate L'Epée, que devolvió á la sociedad los seres más desgraciados de la especie humana, los sordo-mudos, separados del mundo entero, y con quienes toda comunicacion era imposible, puesto que no podian hablar, y á los cuales el ingenio del eclesiástico proporcionó un lenguaje sin palabras.



»No seamos ingratos sobre todo con el bienhechor de las generaciones presentes y futuras, con el inventor de la vacuna. El doctor Jenner nació el 17 de Mayo de 1749, en Bérkeley, condado de Glocester en Inglaterra. Se ocupó toda su vida en las ciencias que pueden guiar ó dar alguna luz al arte tan difícil de curar á los hombres.

»Habia observado que en diferentes condados de Inglaterra, en el Devonshire, el Middlesex y algunos otros, los hombres que ordeñaban á las vacas tenían á veces las manos llenas de pústulas, y estaban exentos de la viruela. Este hecho ha sido despues observado en diferentes comarcas europeas, en el Holstein, el Meeklembourg, Carinthie y en el Mediodía de Francia.

»El doctor Jenner examinó este fenómeno con la atencion de un hombre de talento y logró descubrir la vacuna. Esta enfermedad particular de la ubre de las vacas, conocida bajo el nombre de picata y con la cual se inoculaba el hombre, estaba evidentemente relacionada con la viruela, puesto que se libraba de ella. Jenner hizo ensayos, y se convenció bien pronto de la eficacia de ese preservativo. Pu-

blicó entónces su descubrimiento, y su obra, que apareció en 1798, fué al instante esparcida por toda Europa. La vacuna se introdujo en casi todos los puntos, los gobiernos la protegieron, el clero la prestó su apoyo y los médicos de todos los países la propalaron con el mayor celo. Hasta los mismos turcos, á pesar de su creencia en la fatalidad, la recibieron.

»Jenner murió el 26 de Enero de 1823 á la edad de sesenta y cuatro años, rodeado del aprecio general, querido de los reyes y bendecido por todos los pueblos. Honremos su memoria conservando en nuestros corazones el recuerdo de su benéfico servicio.»

### LA CAJA DE AHORROS.

Quando uno es jóven, activo y lleno de salud, apénas se piensa en el porvenir, gozándose en el presente. El obrero gasta cuanto gana, porque cree que nunca le faltará trabajo. En efecto, puesto que nada se obtiene en la tierra sin el sudor de nuestra frente, si el obrero no falta á su trabajo, éste no le faltará á aquel; pero las enfermedades, la vejez, los achaques convertirán un día al hombre



de corazon en otro sin energía, sin ánimo para trabajar. Cuando uno está sano y robusto es preciso pensar en la época de las enfermedades y debilidad.

Cada hombre se compone de dos seres que se suceden : el primero tiene todo el ardor de la juventud, el trabajo es su vida ; el segundo, abrumado por la edad y por la fatiga, busca el descanso como una necesidad. ¿Quién alimentará al segundo si no existe el primero? ¿Y cómo llenará éste su último deber? Distribuyendo en dos partes el salario de su trabajo ; empleando una en satisfacer sus necesidades presentes, y guardando la otra para sus necesidades futuras.

Quien no se conduzca de este modo, tendrá una vejez desgraciada, acabará por padecer la más horrible miseria y deseará la muerte, que es la única que puede librarle de sus dolores. Pero no basta ahorrar cada día un poco, es preciso saber, es preciso comprender los medios de conservarlo ventajosamente y con seguridad. La economía consiste en ahorrar siempre algo, por poco que sea, la prevision en sacar de esto el mejor partido posible.

Supongamos que un padre de familia gane seis pesetas cada día.

De estas seis gasta tres, y ahorra otras tres, que guarda cuidadosamente en sitio secreto, en el cual tiene siempre los ojos fijos. Los temores, las inquietudes aumentan á medida que crece su tesoro. No cesa de vigilarlo y aún á veces no duerme ; no sólo debe temer á los ladrones, sino á otro enemigo superior, que es la tentacion. Dichoso puede llamarse si llega un día de fiesta, é incitado por sus amigos no ataca él mismo lo que tiene reservado para su vejez. Por último, al cabo de veinte años de una vida laboriosa y despues de una vigilancia continua, sus tres pesetas diarias le hacen dueño de 18.000 pesetas próximamente. Compra entónces algunas fanegas de tierra y bien puede decir que tiene para su vejez un pedazo de pan que le pertenece.

¡Cuántos trabajos, cuántas inquietudes, cuántos cuidados para reunir esta cantidad! Y sin embargo, hubiera podido aumentarla, ahorrarse muchas zozobras y vivir durante los años de trabajo con más comodidades é imponiéndose menos privaciones.

En vez de guardar en su casa tres pesetas todos los días, que ponga solamente dos en la caja de ahorros; esas dos pesetas formarán



bien pronto una suma suficiente para comprar papel del Estado. Que una siempre á los depósitos que haga en la caja el producto de las rentas que vaya adquiriendo, y al cabo de veinte años sus dos pesetas diarias la producirán más que las tres pesetas guardadas en su casa y tendrá cerca de 20.000 pesetas. De este modo, colocando menos, tendrá más y habrá vivido más desahogadamente ; colocando menos, pero en una caja que no corre el riesgo de los ladrones, ni el peligro de las tentaciones de todas clases, habrá podido ahorrarse muchas cavilaciones é inquietudes, pues el Estado es el deudor más seguro. La renta nacional, por triste que sea la situación de un país, está garantizada por el propio interés de la nación entera, á ella es á quien se presta el dinero, y es un error pensar que quisiera ó pudiera faltarse á si misma.

Amigos míos, en cuanto ganeis algo, llevadlo á la caja de ahorros. Si para colocar vuestras economías quisierais esperar á que fuesen bastante considerables para comprar un trozo de terreno, podrían desaparecer. Colocad en la caja de ahorros: allí recibirán una peseta si no teneis más que una peseta. Todos los domingos seréis recibido.

Se da gratuitamente al que deposita una suma cualquiera, un talon ó libreta numerada y firmada por el director. En ese talon consta el nombre y apellido, la fecha de cada depósito ó cada reembolso, y la suma depositada ó reembolsada. Los intereses, del cuatro por ciento, empiezan á contarse 15 días despues de entregada la suma hasta el día en que se pide el reembolso, desde una peseta en adelante. Las fracciones de peseta no producen interes alguno.

Esta admirable institucion de las cajas de ahorros, tan útil, sobre todo para la clase obrera, producirá el grande y prodigioso resultado de acostumar á los trabajadores del campo á la economía, obligándolos á tener orden en su conducta. Apresuráos, queridos niños, desde el momento mismo en que el aprendizaje de una profesion, industria ú oficio os proporcione algun dinero, á llevar una pequeña parte de vuestros beneficios á la Caja de ahorros, y haréis vuestro presente más dichoso y menos precario vuestro porvenir.

---



## EL MOLINO.

Hoy damos á nuestros suscritores un bonito molino, que ellos mismos pueden construir, recorriendo convenientemente, y segun se indica en la lámina, las diferentes partes de que se compone. El molino armado tiene la forma del grabado de esta página.

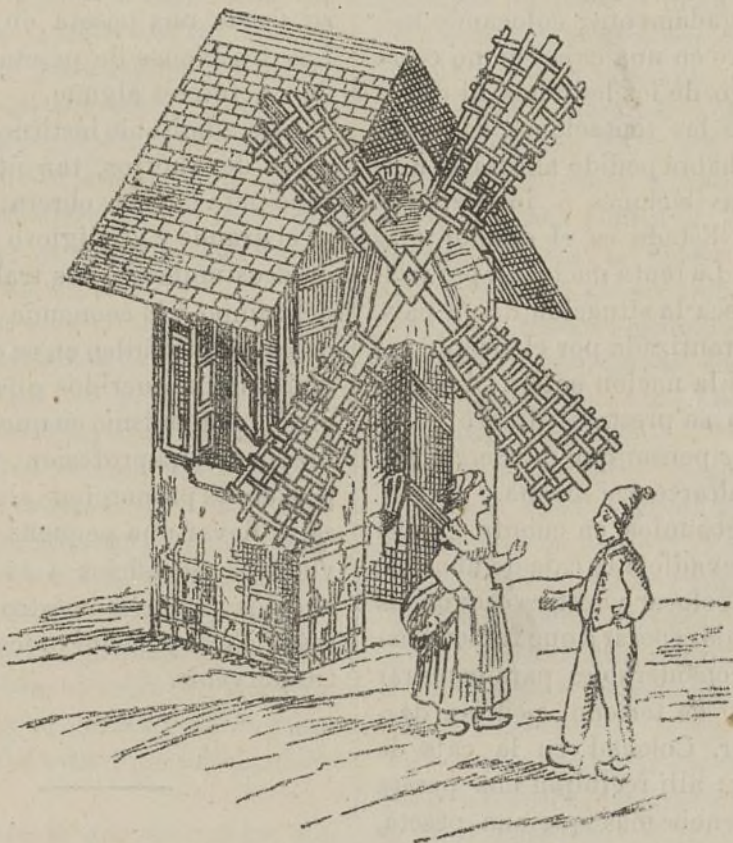
No será éste el último juguete que daremos este año á nuestros

suscritores. El mes próximo repartiremos un precioso figurin iluminado.

Los niños que deseen adquirir algun otro ejemplar del molino, pueden pedirlo á nuestra administracion. Su importe, 2 rs. cada ejemplar de la lámina.

### ADVERTENCIA.

En atencion al coste de la lámina del molino, tirada á cuatro colores, no hay grabados de modas en este número. En el siguiente los habrá.



MADRID, 1874.— Imprenta, estereotipia y galvanoplastia de Ariban y C.<sup>a</sup>  
(SUCESORES DE RIVADENEYRA).

Ayuntamiento de Madrid